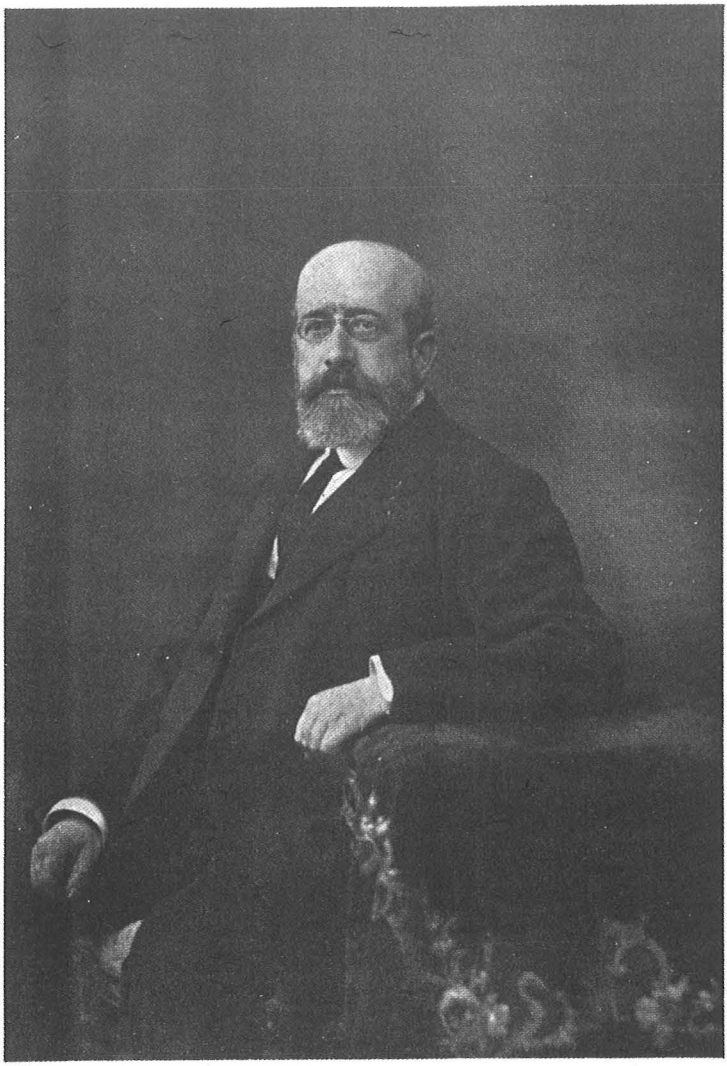

DON JUAN MENÉNDEZ PIDAL

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Año II. Tomo II.—Diciembre de 1915.—Cuaderno X

DON JUAN MENÉNDEZ PIDAL

Pérdida muy dolorosa para la Real Academia Española ha sido la muerte de don Juan Menéndez Pidal, ocurrida en esta corte la noche del 27 del presente mes. Doblemente sensible por tratarse de un hombre todavía joven (1) y en pleno dominio de sus facultades mentales. Mucho esperaba la Academia de su talento y gran aplicación al trabajo: prueba de ello y de que él estaba dispuesto a coadyuvar a la grande obra de nacional cultura en que la Academia vive empeñada, son los dos preciosos artículos que en el Boletín del presente año ha dado a luz. Otros tenía en preparación: la muerte implacable le impidió terminarlos y, sobre todo, privó a sus compañeros de su presencia, de su amistad y de su concurso. Una afección cardíaca que se declaró con gran violencia a fines del verano último fué la que nos arrebató para siempre al querido compañero.

En la Academia hubo el jueves 30 sesión en honor del ilustre muerto, en la que el Director, don Antonio Maura, pronunció un elocuente discurso, que, aunque muy abreviado y reducido casi a índice de ideas, es como sigue:

(1) Nació en Madrid, por los anos 1858 o 1859. Su padre murió siendo Magistrado de la Audiencia territorial de esta Corte, y su madre era tía de los ilustres hombres públicos y escritores don Luis Pidal y Mon, marqués de Pidal, y don Alejandro Pidal, director que fué de la Academia Española, y prima carnal del insigne don Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.

SEÑORES ACADÉMICOS:

No recelábamos este duelo de hoy el jueves último, cuando nos despedíamos con felicitaciones mutuas, en víspera de las fiestas que siglo tras siglo han solido regocijar a una los hogares de toda la Cristiandad. ¡Como si no fuese harta tristeza que hogaño, segunda vez, estos días que conmemoran el advenimiento de la santa ley de amor y de paz, amaneciesen sobre lagos inmensos de sangre humana, turbados siniestramente por bramadores huracanes de odio entre pueblos y razas, todavía se nos junta la tribulación de perder a nuestro compañero, apenas posesionado de su sillón!

Porque no se ha cumplido el año desde que vino a ocuparlo, y así acontece que la brevedad de su mansión entre nosotros deja como en burla desconsolada las grandes promesas de colaboración que, a despecho de su modestia, teníamos entendidas, según eran relevantes los méritos que nos movieron a elegirle.

Don Juan Menéndez Pidal mostró desde el comienzo de su vida una decidida y feliz vocación literaria, a la cual guardó fidelidad ejemplar. Hermanábase esta vocación en él, como suele en no pocos hermanarse, con una curiosidad retrospectiva asidua e incansable; la cual más era de poeta que de erudito, más de erudito que de historiador. Pretendo dar con esto a entender que no llevaba el designio de constituír el tribunal justiciero y majestuoso donde la posteridad fulmina veredictos de anatema o de gloria sobre los grandes hechos y las culminantes figuras de la Historia, trocando en alta lección de vida venidera la alabanza o el vituperio que la pasada merezca; tampoco se satisfacía con vencer los obstáculos incitadores de la indagación hasta penetrar el arcano y alzar como trofeo la ardua certidumbre conseguida, más que la substancia de lo averiguado; lo que principalmente anhelaba era aplacar la sed de poesía congénita de su espíritu, en el copioso venero de

las evocaciones, cuándo de los episodios, cuándo de los personajes de otras edades, e iluminar los unos y los otros, destacados y realzados sobre la penumbra esquiva del olvido. Este fué su impulso perenne; ésta la pasión dominante en su vida literaria.

En el curso de sus días, otros caminos cruzaron su vía natural y predilecta; le sobrevino la Diputación a Cortes y se sintió mal hallado en aquel ambiente, en aquel hervidero, en aquella lonja de cosas para él extrañas o baladíes, de pasiones con las cuales no se contagiaba, de anhelos que no compartía. Se le complicó la vida con el gobernar provincias: ahora Pontevedra, ahora Guadalajara, ahora Burgos, y, claro está, siempre le asistieron su rectitud, su inteligencia y sus prendas personales, pero no la vocación, levadura santa que no admite reemplazo; entre expediente y expediente, por ejemplo, le cautivaban los viejos muros de San Pedro de Cardeña, por los cuales trepan tantas leyendas, tantas tradiciones y tan nobles prestigios. Este sí que fué asunto para una admirable monografía suya. En cambio, cuando hubo tratado como tesis doctoral, bajo el título *Dios y el César,* tema tan magno y tan atractivo como las relaciones político-religiosas, la obra sazonada quedó en postergación inmerecida, y su autor ha muerto sin llegar a graduarse de doctor. Injertos eran todos ellos de poca medra, pronto agostados y secos, al paso que adelantaba en su nativa e ingenua inclinación. Más cercano a ésta pudo parecer el oficio de Archivero, que profesó durante un buen cuarto de siglo, alcanzando el grado que al morir tenía de jefe del Archivo Histórico Nacional; pero aun traído a este camino definitivo, menos desviado de sus amores, púdose pronosticar por cuáles ejercicios optaría con sólo advertir el empleo que antes había hecho de sus más floridos y juveniles años.

Pasólos recorriendo a pie y a caballo las montañas leonesas y asturianas para oír de labios campesinos y coleccionar los romances que todavía allí bajaban el curso de los siglos por su cauce nativo de tradición po-

pular. La mudanza de costumbres que tantas rancias e interesantes cosas ha borrado y renovado, tenía aquel caudal en inminencia de perderse; así el tenaz esfuerzo de don Juan Menéndez Pidal, realzado entonces con el mérito de la originalidad del acopio y con el buen ejemplo, vino a ser trabajo de alumbramiento, comparable al que con agua subterránea parece crear el manantial. El tomo que publicó en 1885, intitulado *Poesía popular*, mereció los aplausos magistrales de Menéndez y Pelayo, entre cuyos discípulos se contó aventajadamente el compañero nuestro por cuya ausencia nos lamentamos hoy, y como caudal de primera mano entró en el general comercio literario y crítico que aquel gran polígrafo ensanchó e impulsó con titánica pujanza.

Quien había recolectado entre breñales aquellos ecos auténticos del viejo aliento popular, dedicóse a restituírnos una tras otra, sacándolas de los empolvados y amarillentos legajos que yacen en los archivos, figuras interesantes, víctimas del género de proscripción que llamamos olvido; así el famoso bufón de Carlos V don Francesillo de Zúñiga, con su burlesca *Crónica;* así el médico del mismo Emperador, doctor Francisco de Villalobos; así el primer Duque del Infantado; así el último y triste rey godo don Rodrigo, acerca de quien allegó las noticias, las tradiciones y las leyendas; así, por fin, don Luis Zapata, en el admirable discurso que leyó ante nosotros el día de su solemne recepción en la Academia. Todas las mentadas monografías y cada una de ellas acreditan que la pesquisa y la erudita ganancia granjeada con ella, no eran para Menéndez Pidal sino servidoras de la complexión soñadora y poética de su alma, a quien abastecían de asunto y abrían espacio y deparaban repuestos y deleitosos retiros, para vivir consigo.

Porque cuando digo que era, ante todo, poeta, no quiero significar que fuese gran fabricante de versos, cosa bien diversa. Sentía íntima y hondamente la poesía, como llama interna, efusión intransitiva, más que

como expansión espléndida de sus afectos; así se emocionaba y exaltaba, tanto y más que con sus propias obras poéticas, con el recuerdo, que en gran copia atesoraba, de las creaciones magistrales de nuestros líricos y de los extraños.

Nos deja escritos versos para cuya crítica carezco de personal autoridad, y será bien remitirme a la del señor Rodríguez Marín, que en nombre nuestro acogió al señor Menéndez Pidal en la solemnidad de su ingreso. Lo que observo es que las obras poéticas publicadas, aunque primorosas, resultan escasas en número: *El Conde de Muñazan, Don Nuño de Rondaliegos,* y el tomo de breves poesías coleccionadas bajo el título *Alalá,* estribillo popular en Asturias, dan insuficiente testimonio de una vocación tal como la suya, absorbente y opulenta. En cambio, nos bastan para admirar, no ya el felicísimo y hondo estudio de los clásicos, sino la extensión privilegiada de su lira, que va desde las ternuras cándidas y tenues de *Lux æterna,* hasta los bramidos épicos y tremendos de *El Pendón negro,* llevando el ánimo del lector de una a otra admiración: desde la que sentimos contemplando en una florida planta silvestre la elegancia insuperable de sus tallos y los delicadísimos y perfumados pétalos de su corola, hasta la otra impresión que nos hace retroceder ante la majestad de la ingente cumbre o la hórrida negrura del abismo.

Esta enigmática desproporción entre las aptitudes aventajadísimas que para seguir su vocación dió el Cielo a nuestro finado compañero y la cantidad de obra poética que de él heredamos, se explica por otro rasgo de su semblanza, sin el cual no resultaría verdadera. Tanta y más que la poesía, señoreaba su alma la modestia; propendió en todo cuanto hizo a recatar y aminorar la comparecencia de su persona. Al cabo de los años que empleó en su agreste y fatigosa rebusca folklórica, en el tomo *Poesía popular* el autor quedaba preterido y ausente. No he dicho todavía que lo demás de la juven-

tud de nuestro finado compañero, y no pocas horas de su edad madura, se consumieron escribiendo para hojas diarias, no de las que alcanzan gran boga y lectores menos escasos, sino de aquellas otras que nacen y viven en una semiclandestinidad, pero que le eran a él más cercanas o más afectas. Si bien lo miráis, conoceréis que éste es un extremo de ascetismo literario, porque las cosas que así se imprimen quedan casi inéditas y casi pierden hasta la potencia de ulterior publicidad, porque dejan de ser originales sin salir apenas del secreto. Para nuestro amigo era esto indiferente, porque se cumplía su vida espiritual antes de salir al exterior la que hubiera valido a otros sujetos para radiación y notoriedad.

Hombres de esta condición nos hacen pensar en el humor subterráneo, invisible, pero vivificador de la flora, con todos sus esplendores y aromas; nos hacen pensar en el aura, todo silencio, pero causante única del rumor de las frondas. Por lo mismo que no buscó el aplauso de la multitud, nos cumple a nosotros, que tuvimos la fortuna de conocerle de cerca y saber los quilates de su excepcional merecimiento, dar testimonio de la admiración que le era debida, y del honroso y apacible recuerdo suyo que perdudará en esta Academia.